

# ¿EL HOMBRE O DIOS?

**P**ARECE de máxima actualidad el que un discípulo suizo de Freud, el disidente Carlos Gustavo Jung, haya diagnosticado que «el lugar de la divinidad parece haber sido ocupado por la totalidad del hombre». Pero en el siglo pasado, Feuerbach, Marx y Nietzsche —tres pensadores totalmente distintos entre sí— habían anunciado lo mismo. Y, lo que es más curioso, Heráclito —el aristócrata pensador griego— había anticipado este acontecimiento histórico hace veinticinco siglos: «Los dioses viven de la muerte de los hombres; y cuando viven los hombres, mueren los dioses». Y esto último es lo que ha ocurrido: cuando empieza a desarrollarse —cultural y técnicamente— la humanidad, los dioses desaparecen.

Algunos dirán que los hombres se han olvidado de su Hacedor; pero enjuiciar tan superficialmente este hecho es equivocado. «El hombre quiere ser Dios —superándose a sí mismo—, y —por eso— no quiere que haya otro Dios», dice, glosando a Nietzsche, el pensador católico Bernhard Welte.

Teniendo en cuenta esta aguda observación, creo yo que los católicos no han ahondado suficientemente en el ateísmo de nuestro tiempo, y en el porqué de él. Se han dejado llevar de la ira —escandalizándose de tamaña pretensión, que calificaron en seguida de orgullo, quedándose con ello muy satisfechos—, o se llenaron de miedo, espantándose de un mundo que tan difícil se les hacía por su novedad, refugiándose en una cultura ya pasada.

Sin embargo, no nos olvidemos —a la hora de enjuiciar el proceso del ateísmo— que el ateo por excelencia, Nietzsche, era más cristiano de lo que semejaba, porque «se emancipó del cristianismo, gracias a los propios impulsos cristianos» (K. Jaspers: «Nietzsche y el Cristianismo»). El cristianismo tenía en su raíz una fuerza que hizo estallar todo lo que era naturalmente, pagamente religioso en el hombre. Ritos, temores, evasiones y dependencias infantiles pasaron con él a segundo término.

Y ahora se trata —partiendo de la experiencia cristiana estimuladora del hombre— de consumir lo que el mundo moderno ha empezado: a desbancar del mundo el dios idolátrico de tantos creyentes; y a poner en su sitio al hombre. Y, tras ello, colocar a Dios —al Dios de nuestro tiempo, que es nuevo para muchos— en su verdadero sitio, el del hombre en desarrollo y en humana convivencia con todos los hacedores de este mundo, de esta tierra que tiene en sus manos el hombre para hacerla realmente habitable.

El cristianismo —a pesar, a veces, de las caricaturas en que se presenta— es la única experiencia religiosa que ha descubierto el germen de este proceso vital en el hombre, que le lleva a derrocar todos los mitos paralizadores de la acción humana. Porque el cristianismo del amor —el del Evangelio— es profundamente dinámico y transformador. Algo que —cuando se toma conciencia de ello— debe ser más revolucionario que cualquier otra doctrina, porque puede dar fuerza a cualquier programa renovador —político, social o cultural— por osado que sea.

No es extraño, por tanto, que un dios de cartón y bambalinas, que aparecía en escena en el momento oportuno para arreglar ficticiamente las cosas de este mundo, esté ya en vías de desaparecer. Y, en cambio, como dije en otro artículo, empieza a vislumbrarse el verdadero rostro de Dios en la acción de los hombres rectos y creadores que laboran en pro de todo hombre y de todo pueblo, sin discriminación alguna de raza, clase, sexo, edad o ideología.

Dios ya no es un guiñolista que mueve un teatro de muñecos sin vida ni iniciativa. Ni tampoco un poderoso ingeniero que, con sabio manotazo, pone en movimiento la gigantesca maquinaria del mundo de las estrellas, los astros y las galaxias. Dios no es —como han demostrado el filósofo católico G. Marcel y el astrofísico, también católico, E. Whittaker— una causa más entre las causas; aunque se la considerase la primera y más importante de todas. Ni menos todavía un Zeus o Júpiter tonante, ni un Mercurio hacendoso.

«Habría que acabar de una vez —dice G. Marcel en el «Hombre Problemático»— con un Dios causa de todo, concentrando en él toda ley de la causalidad», esa ley que hace la afirmación absoluta de que todo lo que existe tiene que tener una causa. Recuerdo —al citar a este abierto filósofo católico, conservador, sin embargo, en otras cosas— la polémica pública que tuve con un prominente eclesiástico hace dos años: todavía creía el clérigo en esas pruebas de la existencia de Dios que los tomistas de tercera fila atribuyen a Santo Tomás,

aceptando que a Dios se le puede encontrar en el extremo de un silogismo. Se fabrican —estos pensadores sin pensamiento— unos principios filosóficos abstractos que sólo concluyen en una idea, pero no en una realidad. «Dios, que no tiene principio, no puede ser encontrado a través de un principio que sea distinto de El mismo», afirma con razonable dosis de buen sentido el Padre Scheuer.

Algunos católicos creen que el problema de la existencia de Dios se plantea como quien pregunta o investiga si Marte está o no habitado, semejando a aquel astronauta del chiste que quedó sorprendido por no encontrar a Dios en los espacios interestelares.

Buscar a Dios como una idea —como hacen muchos filósofos eclesiásticos— o como un objeto empírico —como pretenden algunos creyentes— es exponerse al peligro próximo de caer en el ateísmo, como dice el Padre Le Blond, S. J., en la obra «De la connaissance de Dieu».

Este principio o ley de la causalidad, elevada a principio metafísico, es poco comprensible para las mentes actuales, como demuestra el científico católico Whittaker —miembro de la Academia Pontificia de Ciencias— cuando dice que «el principio de causalidad no es aplicable más que al campo de las experiencias»; y, aun en este campo concreto de nuestro mundo, fuera del cual nada cree él que puede descubrir, hoy se ha encontrado que «el análisis atento de algunos fenómenos de la física atómica ha demostrado estos últimos años que ni siquiera el postulado de que todo acontecimiento tiene necesariamente que tener una causa es válido siempre» (E. Whittaker, «L'Espace et l'Esprit»).

El fracaso, al querer convencer a los hombres actuales de que usen tal camino para alcanzar a Dios, es evidente.

Pero los cristianos hemos tardado tanto —como casi siempre— en comprender estas posturas del hombre actual, que los hombres y mujeres contemporáneos ya no se preguntan ni siquiera si existe Dios, sino, ¿para qué sirve? La pregunta del día, la que casi todos los hombres se van haciendo, es: «¿para qué se quiere a Dios?» (Mons. Moeller, «La Teología de la incredulidad», revista CONCILIUM).

**D**STA es la cuestión básica que nos plantean los hombres de nuestra época a nosotros los cristianos. Y tenemos que saber contestarla con algo más que con palabras.

El filósofo Bergson, a quien en el más alto centro académico francés —el Colegio de Francia— los oyentes de todas las edades le escuchaban, en la primera mitad de este siglo, con más atención que al más ameno de los charlistas, tuvo una intuición acertada, aunque imprecisa, que coincide con lo que Teilhard expresó años más tarde.

Bergson fue un católico de intención, inconformista con las estructuras eclesiológicas de su tiempo, que intelectualmente le agobiaban demasiado con sus «tiquismiquis» de ortodoxia. El «élan» vital que, según él, modela —como un fabuloso escultor— todo el proceso de la evolución creadora del mundo y los hombres, es algo muy semejante a esa fuerza del Amor que el cristianismo puso en primer plano, y que nos invade a todos con su dinamismo creador, sólo agostado por la pequeñez y miopía de algunos de sus oficiales seguidores, o la rutina de los abusivos detentadores de su propiedad en exclusiva.

Es, este «élan» vital, aquel «foco Omega» de que habla el Padre Teilhard de Chardin; esa «Energía extra-cósmica en su origen, aunque intra-cósmica en su meta» («Comment je vois»), porque el cometido cristiano es el desarrollo, hasta su última consecuencia, de la evolución del cosmos. No se trata de vivir esta experiencia como «una cosa, acabada, perfilada, que tuviéramos que aceptar...»; es un permanente descubrimiento y un eterno crecer («El medio divino»), porque proviene de «el Amor mismo, amable y amante» («El fenómeno humano»). Es algo directamente relacionado con lo que los cristianos llamamos el Verbo divino, que se nos reveló de modo central en Jesús, porque nuestro espíritu tiene que identificar el punto Omega de la razón con el Cristo universal de la Revelación («Ma position intellectuelle»).

Sólo así podemos presentarnos ante el mundo; sólo de esta manera pode-

## Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

mos convencer a hombres maduros, que pretenden liberarse de todo infantilismo presentado bajo capa de religiosidad.

De este modo —conociendo a Teilhard— es como el filósofo marxista Gaudy ha podido comprender el único elemento positivo de esta religión de profundo núcleo revolucionario, por su dinamismo vital, que quedó empujado históricamente por el modo como muchos cristianos —de todas las categorías eclesiales y latitudes humanas— quisieron presentarlo y mal vivirlo. Estos cristianos no se contentaron con recrearse en su propia pequeñez de minúsculos tiranos, sino que ejercieron un falso dominio sobre los hombres sencillos, hasta que hoy, hastiados muchos, rompieron las amarras que les impedían ser plenamente humanos, porque eran demasiados los que se oponían de hecho a esta ley de la vitalidad divina. Ley vital implantada en el origen de esta nueva vida —personal y comunitaria al mismo tiempo— que descubrió el cristianismo, siempre en disposición favorable al cambio y transformación del individuo y de la estructura social.

Pero habría que preguntarse: ¿han sido así los cristianos en la historia?

**E**N estos días podemos contemplar en Madrid un film representativo de este cristianismo humanizador que rompe toda amarra paralizadora de la conciencia personal. Es Tomás Moro el protagonista de «Un hombre para la eternidad».

En él vemos la fuerza de este impulso personal, humano, que impide todo conformismo y toda tiranía. Que nos hace superarnos a nosotros mismos, sin saber cómo, haciéndonos seres para la historia, super-hombres sin darnos cuenta.

Seres sencillos, sin pretensiones de héroes, que proscritos, encarcelados o incomprendidos, llamados ingenuos, idealistas o, lo que es peor, tantas, dan lecciones inconscientes de humanidad, y sirven de impulso creador a muchos.

Yo —cuando hablo o escribo— digo muchas veces que ser católico es adquirir una dimensión universal, a través de la más rendida entrega a nuestra propia conciencia en forma insobornable. Quien cuando podía hacer sin malas consecuencias un exceso contra otros, no lo hace. Quien defiende al débil, aunque nadie lo sepa comprender. Quien rompe lanzas por la libertad del objeto de conciencia. Quien en vez de asistir a juntas de caridad o apostolado, se mezcla entre la masa humana para convivir con ella y detectar las situaciones de injusticia en que vive. Quién no cede —en cuanto puede— de laborar por una sociedad que sea para todos y no sólo para unos pocos. Quien no da gracias a Dios por vivir mejor, sino que enmudece en su presencia porque se acuerda con inquietud de la desigualdad existente entre los hombres. Ese tal es uno de esos Tomás Moro pequeños, minúsculos, tal vez denigrados como falsos creyentes, o como ateos con piel de oveja, o quizá como peligrosos heterodoxos, que, sin embargo, creen —quieren creer— en el hombre del futuro y hacen todo lo que pueden —con inteligente eficacia— para su pronto advenimiento.

El nuestro es, por tanto, «un Dios cuyo rostro es el rostro del hombre» (Padre José Manzano, «Atelmo contemporáneo»). Por eso, cuando este hombre estaba tan retrasado, tan poco desarrollado, era natural que muchos que querían ser hombres, no pudieran aceptarle, porque apenas le veían en esos rostros tan mal conformados. El Dios que se vislumbraba tras esos hombres tiranizados y subdesarrollados no podía ser un Dios visible para un hombre que empezaba a ser hombre, porque la macilenta cara de los restantes seres humanos, tan atrasados socialmente, no podía reflejarlo. Los hombres desarrollados no podían reconocer ni aceptar al Dios deformado, expresado en esos rostros sin vida.

En cambio, el día en que los cristianos presten gustosos su mano a todo trabajo renovador del mundo de los hombres, será cuando estos hombres puedan ver a Dios en el rostro suyo, porque el «élan» vital del cristianismo será una realidad que no necesitará de silogismos ni de metafísicas apoloéticas.

Entonces será cuando no nos decidiremos —como se hizo durante tantos siglos— por Dios en contra del hombre; ni —como ahora se está haciendo— por el hombre contra Dios.

## EL OBSEQUIO QUE «ELLOS» AGRADECEN



*con los mejores deseos*

**CESAR**  
IMPERATOR

**CESAR**  
IMPERATOR

*Siempre... deja huella.*

**SEGURA BARCELONA**